

# NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

A Mamicap de su hijo Capplannetta

AÑO 6. ENERO-MARZO DE 2024

N.º 23





[www.cuadernodebidaxune.blogspot.com](http://www.cuadernodebidaxune.blogspot.com)

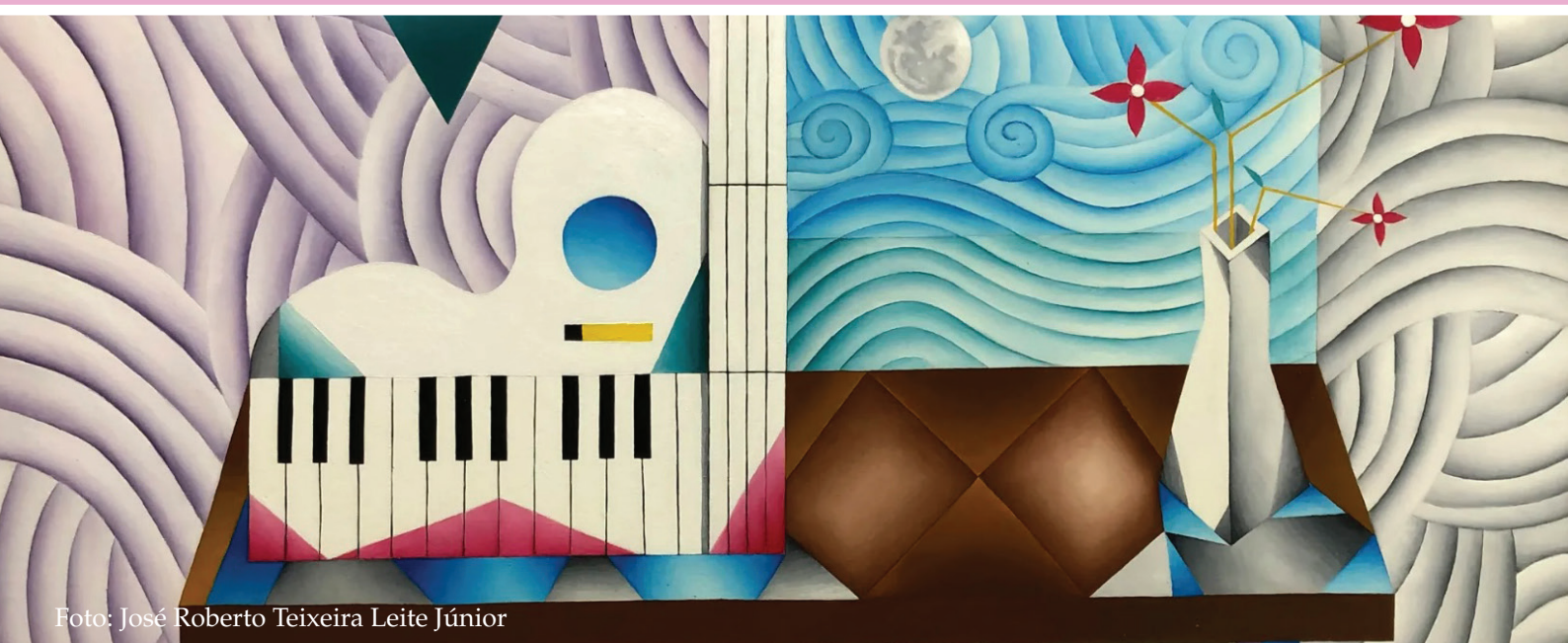


Foto: José Roberto Teixeira Leite Júnior

[www.lioolimixturas.com](http://www.lioolimixturas.com)  
[www.capplannetta.com](http://www.capplannetta.com)

Foto: Fernanda Corsini



N.º 23. Año 6  
ENERO-MARZO DE 2024

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.

# EDITORIAL XXIII

Este año, el Premio Nacional de Literatura ha recaído en la escritora Cristina Fernández Cubas, mientras que el Premio Cervantes lo ha obtenido Luis Mateo Díez. Ambos son prosistas de una calidad inmejorable y han cultivado con esmero la narración breve, con títulos como, en el caso de la escritora catalana, *Mi hermana Alba*, *Los atillos de Brumal* o *El ángulo del horror*, entre otros, mientras que el escritor leonés publicó libros de cuentos como *Memorial de Hierba*, *Relatos de Babia* o *Brasas de agosto*.

Por lo tanto, los amantes de los relatos cortos estamos de enhorabuena por el reconocimiento que dan ambos premios, a través de estos dos autores, a la narrativa breve, que ya posee a todas luces, en estos momentos, plena carta de naturaleza en España. De la propia Cristina Fernández Cubas, incluso, el profesor Fernando Valls afirmó que había revitalizado los cuentos literarios en este país. No siempre ha sido así, durante mucho tiempo se consideró un subgénero sin apenas importancia, una forma de adquirir dominio en la prosa para dedicarse a la novela, desdeñando tanto la literatura popular, la de tradiciones como la del filandón, que el propio Luis Mateo Díez junto a José María Merino o Julio Llamazares dieron a conocer, como los relatos cortos escritos por autores españoles de otras épocas y que durante mucho tiempo estuvieron a la sombra de la novela.

En América Latina, por el contrario, la narración breve gozó siempre de un reconocimiento

enorme. Han sido verdaderos maestros en el arte de la narrativa breve escritores como Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, Julio Cortázar, Silvina Ocampo, Julio Ramón Ribeyro, Alejo Carpentier o Adolfo Bioy Casares, por citar algunos nombres de sobras conocidos y circunscribirnos a los años centrales del siglo XX, la lista sería larguísima si quisiéramos extenderla a tantos otros autores.

En todo caso, los dos escritores galardonados por los premios antes referidos conocieron el apogeo de esta narrativa gracias a la aportación de la Generación de los 50, en la que destacan las obras cuentísticas de Medardo Fraile, uno de sus mejores cultivadores, Ana María Matute, Ignacio Aldecoa o Carmen Martín Gaité. Ni qué decir que la lista de escritores es ahora inmensa, hasta el punto de poder satisfacernos con la buenísima calidad de la narrativa breve en castellano en las dos orillas. Existen incluso ahora mismo editoriales especializadas. Es gracias a este apogeo que se están recuperando obras de escritores de otras épocas de la tradición literaria española.

De este modo, ambos premios poseen una importancia especial porque supone un reconocimiento a un género, la narrativa breve, que tiene a todas luces, en este momento, valor por sí misma y del que nos sentimos lectores asiduos, además de galardonar a dos de sus mejores creadores.



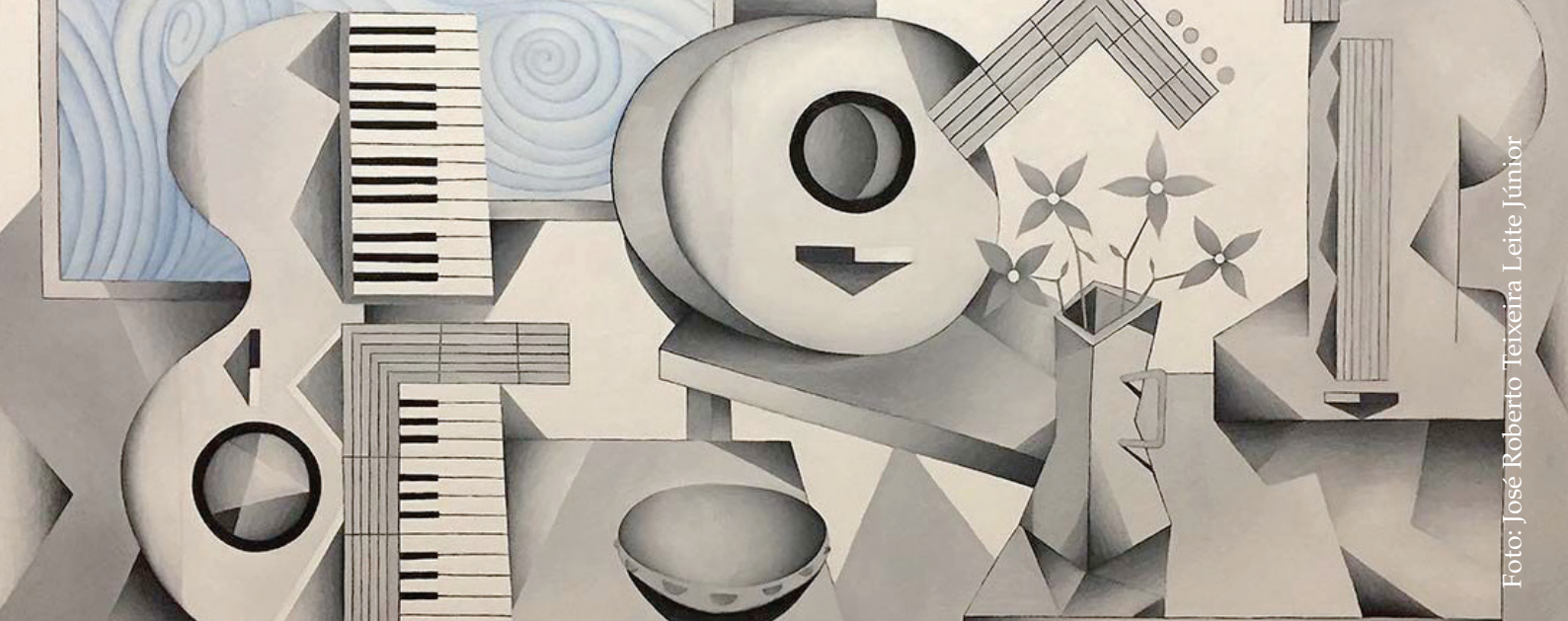
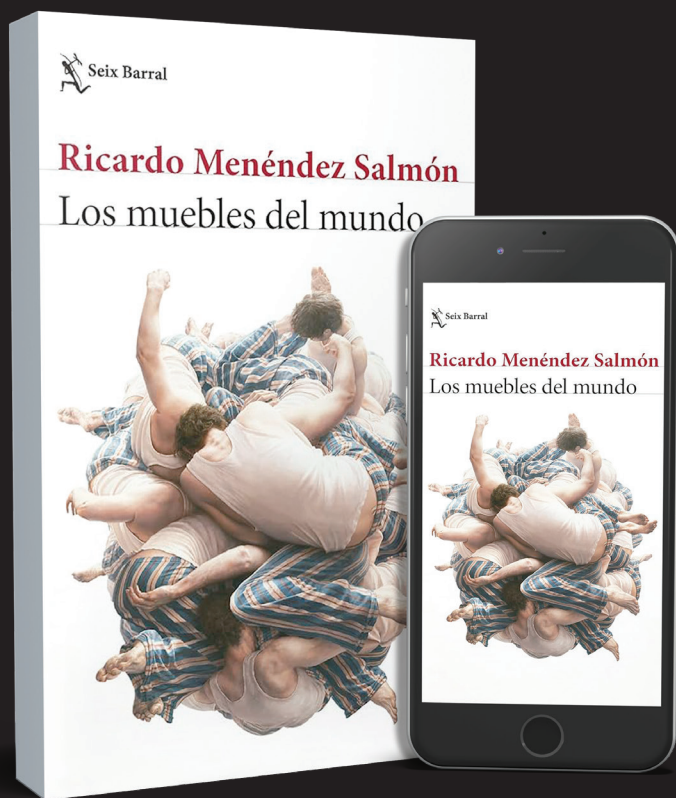


Foto: José Roberto Teixeira Leite Júnior

# CONTENIDO

<b>RESEÑAS</b> / Los muebles del mundo. Ricardo Menéndez Salmón.....	6
<b>RELATO</b> / Pies pequeños, corazón grande. Cecilio Olivero Muñoz.....	7
<b>RELATO</b> / El inadaptado. Roberto M. Ballarín.....	8
<b>POESÍA</b> / Recordatorio / Pasa la vida / Presidente / Informe de lectura. Cecilio Olivero Muñoz .....	10
<b>PROSA</b> / Un hombre con un nombre igual al tuyo. Jesús Pico Rebollo .....	12
<b>POESÍA</b> / Ha visto. Teresa Andruetto .....	13
<b>PROSA</b> / Padrinos. Juan A. Herdi.....	14
<b>PROSA</b> / Poema de amor escrito en noviembre. Manuel Lacarta .....	17
<b>POESÍA</b> / Una mujer y un caballo. Teresa Andruetto.....	18
<b>POESÍA</b> / Espera. Javier Olalde.....	19
<b>PROSA</b> / Texto sobre minha pintura. Juan A. Herdi.....	20
<b>POESÍA</b> / “Por favor, no molestar”. Pepe Suárez Jarón .....	21



Por JAH

## LOS MUEBLES DEL MUNDO

Ricardo Menéndez  
Salmón

Seix Barral, 2023

Justo cuando conceden en España dos importantes premios literarios a dos autores que llaman la atención por su dominio de la narración breve, llega a las librerías el volumen de relatos *Los muebles del mundo*, propuesta del novelista Ricardo Menéndez Salmón. Reúne veintiún cuentos literarios, agrupados en tres bloques y escritos en los últimos cinco lustros, relatos muchos de ellos ya publicados en otros volúmenes, inéditos otros, y que sin duda atraparán a los lectores, tanto los fieles como los que ahora se introduzcan en la narrativa de este autor.

Quienes sean amantes de este tipo de escritura y conozcan además a Ricardo Menéndez Salmón se encontrarán, y no se sorprenderán por ella, con una excelencia literaria de primer orden. Quienes no sean aún muy duchos en este subgénero, el de la narrativa corta, puede ser sin duda una magnífica ocasión para comprobar la enorme calidad que ya hay en este tipo de narración, tan bien ubicada ahora mismo en la tradición literaria española.

Porque estamos ante unos cuentos literarios bien contruidos, puntillosos, con una escri-

tura lograda y precisa, que consiguen crear una atmósfera minuciosa repleta de sugerencias. Muchas de las descripciones producen sobrecogimiento, sorprenden y atrapan. Será sin duda porque las anécdotas de cada uno de los relatos no dejan indiferentes, plantean no pocas cuestiones y poseen, en muchos de los relatos, cierto tono asombroso, una intriga inquietante que no deja de turbar.

Digno de destacar es el estilo pulcro, una prosa bien llevada que se convierte a todas luces en un rasgo distintivo, algo muy propio de este novelista con un dominio absoluto de la escritura. Puede decirse, sin exagerar, que estamos ante joyas literarias y que recogen todas las características atribuidas a la narración breve, renovándolas incluso. Además, la belleza de la escritura de cada relato se confronta con la atmósfera a menudo cerrada, agobiante, contenida entre líneas, lo que sin duda no es inocente ni casual.

Estamos sin duda ante uno de los libros fundamentales del año, una propuesta que sólo cabe recomendar, la de un autor que domina con maestría el arte de la narración.





Por Cecilio Olivero Muñoz

# Pies pequeños, corazón grande

Mi madre siempre me ha dicho que soy un rebelde y un vago, ya que no me gusta el *pasapalabra* ni el *telediario* y no me ha gustado jamás estudiar. Pero también, antes, al menos, me llamaba canalla. Yo a veces discutía fuertemente con ella.

A los doce años comencé a fumar. Llevo toda la vida de san Juan en san Juan jugando con fuego sin saberlo. Después de quemarme a lo bonzo, era como hacer las paces una tarde de verano tras una tormenta. Apacible, serena, y nada rencorosa.

Para que no me quemara o no quemara la casa accidentalmente mi madre me sorprendió con un encendedor de mi padre. Me seguía por la casa, yo reía. Al final me golpeé en la cabeza contra el marco de la puerta. Al instante empecé a brotar sangre y mi madre se puso a llorar, y yo gritaba: —¡Mamá, no llores, tú no tienes la culpa! Y mi madre desconsolada. Me dieron una toalla para ir a urgencias, la cosa acabó con doce puntos de sutura. Y un abrazo de mi madre sintiéndose culpable.

La verdad que, modestia aparte, mi madre es realmente bella. No es por presumir, pero ella y mi padre parecen más jóvenes de lo que son en realidad.

Mi padre es más tranquilo y va más a su rollo, se toma la vida con calma y no se mete en la vida de nadie. Pero mi madre tiene una cólera mortífera. Te puede decir los improperios que quiera y ella después compone los trozos rotos o las piezas como si de un puzzle se tratara, y Santa Paz.

Ella ha pasado mucho dolor conmigo debido a los desastres de la guerra de la clorofila en mi inocente adolescencia, pero también ya más mayor. Me buscaba en las cabañas que olían a perros abandonados, me gritaba di-

ciendo mi nombre poniendo el corazón en sus labios. La temía más a ella que a un picoleto o un mosso d'escuadra asaltándote por la espalda.

Imagínense escuchar su nombre en la voz del gran Manolo Escobar en una taberna de comida española en el extranjero donde todo era como recordar el calor del hogar tan confortable en Navidad.

A veces me decía: — Casimiro, parece que disfrutes haciéndonos sufrir. Parece que hayas nacido para molestar, y con las mismas me abofeteaba, pero yo no decía ni mu.

Mi madre, aunque de niña no ha pasado necesidad. No sé por qué razón tuvo que emigrar. Supongo que emigraron por el secarral que era por entonces el barbecho que pertenecía a mi abuelo, con animales de todo tipo, incluso mi abuela hacía el pan y la comida diaria en fogones de leña a la luz de los quinqués. Los vecinos eran también granjeros y mi abuelo compartía entre ellos la fruta de sus árboles, ahora viven en aquellas tierras urbanizaciones plagadas de ingleses y también hay algunos invernaderos.

Es la penúltima hermana antes que un chico, y por delante de ella dos chicas más mayores. Con solo un añito pedía cariño y no se lo daban. Pero ella de eso se ha resarcido, y la vida le ha dado una sonrisa fresca y unos nietos maravillosos.

El cariño se lo hemos dado después ya de grandes. A la edad de treinta años yo senté la cabeza, pero sólo duró un tiempo.

Ahora por fin tienen los dos Paz y viven en total armonía. Los amo. No quiero ponerme empañoso. Tiene razón mi madre, soy un canalla.



Por Roberto M. Ballarín

# El inadaptado

No, no quiso entrar dócilmente por esa boca. Como todos los demás había sido traído por una de aquellas bestias mecánicas que resoplaban humo y vapor, el ferrocarril que conectaba las poblaciones de la provincia con la capital. Cuando éste abrió sus puertas, la masa humana fluyó entre el rumor de pasos afanosos y ropa habitada, el mismo ruido gris que puede escucharse entre un enjambre de insectos. Pero él se detuvo entre la multitud, y miró hacia arriba. El techo era alto y la estación conservaba la trama original de vigas de hierro remachadas, viejas como la propia ciudad. Un día más se preguntaría desde cuándo estaban ahí, quiénes fueron los constructores que las habían levantaron, y qué fue de sus estériles y olvidadas vidas.

Pasó sus manos por encima de la cabeza con nerviosismo y se sorprendió de que no hubiera nada, ninguna resistencia. No, no había ningún hilo enganchado a su cuerpo que lo controlase; era libre. Soñaba con ello a menudo, con estar suspendido de hilos, largos e invisibles, que gobernarán su vida. Era sólo un sueño recurrente, pero sentía la misma angustia que si los tuviera cosidos a la propia piel.

La oleada de viajeros desfiló escaleras abajo, hacia el metro, siendo engullida por el vientre del subsuelo. Él se quedó solo en la amplia sala de llegadas de las líneas de cercanías. Con la respiración agitada caminaba de un lado para otro y continuaba tocando su cabeza, tratando de convencerse de la ausencia de los hilos inexistentes, o bien, de la inexistencia de su ausencia. Se sintió extasiado y pletórico, libre. Era una madrugada de invierno y, afuera, más allá de las arcadas de hierro y bronce, el cielo aún estaba frío y oscuro.

La estación respiraba cada quince minutos, descargando vagones enteros de personas. Pero sólo eran personas en apariencia, pues apenas eran simples cuerpos que caminaban con los ojos entreabiertos. Llegaban a la ciudad desde más allá de sus límites y desde todos los rincones de la región. El latido mecánico de engranajes y cadenas los bombeaba de manera pausada e interminable, y la ciudad vivía un día más gracias a ese savia vital, al divino icor de los sacrificados.

Un nuevo tren efectuó su llegada y vació su carga. El hombre vociferó entonces a la multitud que no entraran por esa puerta hacia el abismo incandescente. Que no dejaran sus fuerzas en la ciudad, que no se las cedieran un día más restándoselas a ellos mismos y a sus familias. Pero el murmullo que la masa hacía al caminar volvía a ser el de las langostas y las cigarras entre las hojas secas, y la voz del hombre apenas podía ser escuchada.

La bestia continuó exhalando nuevas oleadas de técnicos de mantenimiento y de empleados de banca, de maestros de primaria, de asistentes de dirección y de profesionales de la venta... todos ellos atravesaron a ese hombre a quien evitaban con grácil indiferencia, como el agua rodea a la roca que emerge en el cauce del río.

Frustrado y ya a gritos, les decía que no entraran ahí. Que volvieran a sus casas, que no dejaran a sus amigos ni a sus seres queridos, ni siquiera a sus mascotas, por esa quimera. Que no merecía la pena abandonar los hogares durante todo el día. Que quien tuviera un poco de sentido común debería volver a casa y no salir más. Que si todos hiciésemos lo mismo algo, sin duda, cambiaría. Que la inmolación a la que ese rey oscuro del abismo nos sometía era una ignominia. Que no





debían permitir que sus hijos fuesen tragados por las fauces de ese abominable devorador. Que una vez entraran ya no saldrían. Que abandonarían a sus padres y a sus hermanos para siempre. «No lo permitáis con vuestros hijos, aún estáis a tiempo de evitarlo. Ellos no, los niños no... No les dejéis entrar, llevadlos a casa», les gritaba. «No engordéis a ese monstruo con vuestro sacrificio, ¡la ciudad se alimenta de vuestra sangre! ¡Crece y crece, y el hormiguero no tiene fin! No entréis, no entréis ahí», vociferaba a cada una de las caras recelosas o impasibles que pasaban de largo escaleras abajo. «Lo que sea que queráis conseguir ahí dentro podéis encontrarlo fuera, pero debemos hacerlo todos a la vez, unidos. El monstruo nos divide para someterlos. ¡No vayáis ninguno, no sucumbáis a su chantaje! ¡Viviremos como seres humanos, aún estamos a tiempo! No le entreguéis a vuestros primogénitos para que los devore, para que los calcine hasta las cenizas. En sus cavernas al rojo vivo habita la tiniebla y muere la luz. ¡Rebelaos, resistid! No vayáis, no entréis... ».



Foto: Pinterest

También a los guardias de seguridad que lo apartaron de la vía de tránsito les dijo a voces que él no volvería a entrar ahí, y que nadie más debería hacerlo. Que éramos hombres, y que todo hombre nace dotado de derechos naturales: derecho a la vida, derecho a vivir en condiciones de bienestar; derecho a vivir en familia y derecho al desarrollo de todo el potencial que estuviera latente en su interior. Les gritó que él era una persona, que exigía sus derechos, y que ellos, a pesar de sus placas y sus pistolas, también lo eran y que debían reclamarlos o los perderían para siempre. Que el dinero no servirá de nada cuando llegase el colapso. Que cuanto más grande se levantara la torre mayor sería su caída. Que la ciudad crecerá y crecerá hasta ocuparlo todo, y que nosotros sólo seremos sus sirvientes. Que nos gobernará con hilos invisibles, chantajeándonos con la comida, con el agua, con el fluido eléctrico y con el futuro de nuestros hijos. «No los entreguéis ni os entreguéis vosotros, no lo permitáis. Porque, cuando se haya saciado, cuando haya construido su gran Obra, ya no nos necesitará más... Creará un apagón o un corte de agua, y nos volverá a los unos contra los otros. Y entonces nos destruirá o nos convertirá definitivamente en sus esclavos. No entréis ahí más, no entréis... ».

Pero la nueva oleada de viajeros —zapatos, pantalones, gabardinas, periódicos, teléfonos, maletines, bolsos, sombreros, vestidos, corbatas... — atravesaba sorda la sala de llegadas y se dejaba engullir garganta abajo hacia los abismos subterráneos de anaranjado resplandor mientras los guardias de uniforme detenían al hombre trastornado que lloraba impotente aquella mañana en la que la ciudad, un día más, despertaba y continuaba metabolizándolo todo, como un parásito sobre la superficie de la tierra salobre, fertilizándola con la sangre de los sacrificios mientras se alimentaba del aroma de los holocaustos y las chimeneas. Creciendo siempre, día tras día y noche tras noche, ciega e inexorable hacia un destino imparable y absurdo. Sin principio, y sin final.



## Recordatorio

Estoy repleto de recuerdos del pasado.  
Mis muertos me visitan porque tienen alma  
y porque pueden.  
Tantos familiares a los que quiero se han ido,  
también amigos y conocidos.  
Ellos vienen en la noche  
cuando mi soledad se puebla de sombras.  
Recuerdos que se perderán  
como vestigios de un corazón  
que se parte en jirones del alma.  
Os recuerdo a todos.  
Abuelas, abuelo, tíos, y amigos.  
La muerte no existe, lo digo de veras.  
Porque mientras vivan los recuerdos  
los muertos, todos, seguirán vivos adentro  
de lo que llamamos recordatorio permanente.  
Recuerdo a músicos, actores y poetas.  
Solo me queda de ellos el recuerdo.  
Lo demás es tiempo caduco.



Foto: Fernanda Corsini

## Pasa la vida

No hay lugar para echarse de menos  
a uno mismo.  
Los gentilicios no van contigo.  
A ti, viejo gato, que te mordían  
perros sin pedigrí.  
Pues sí, me echo de menos,  
poco debe importarle  
a la concurrencia.  
Da lo mismo algo menos que algo más.

## Presidente

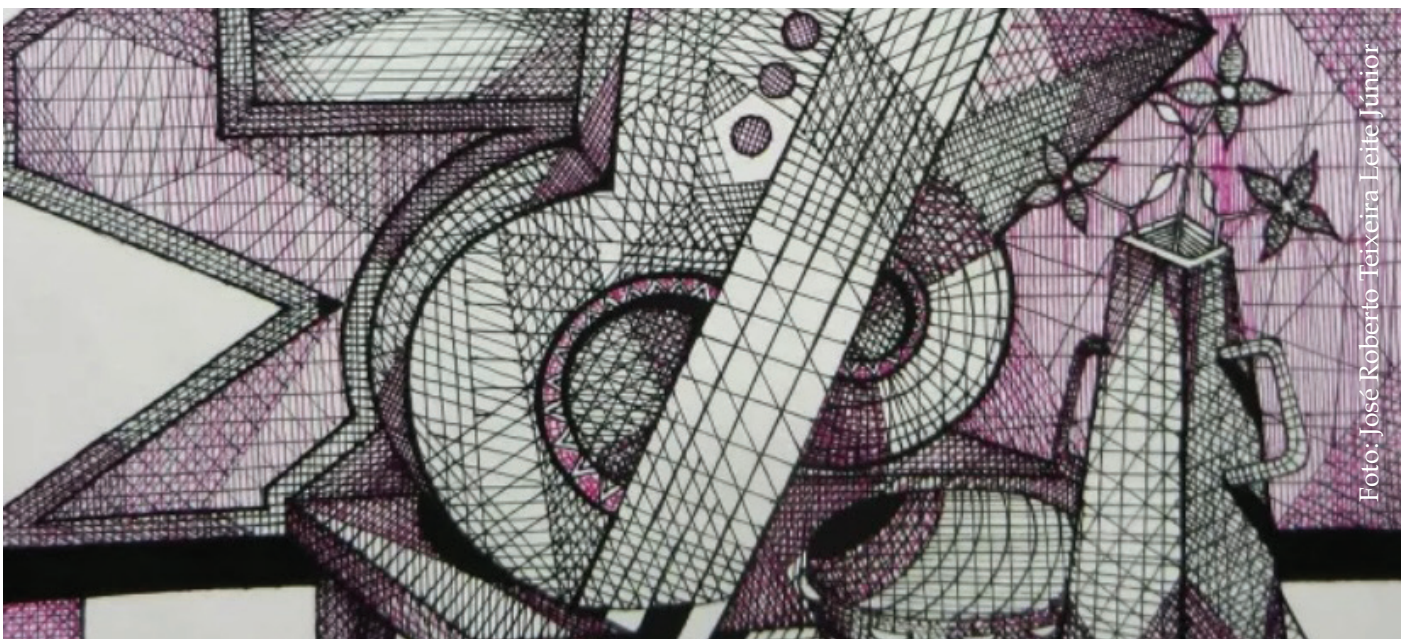
Y yo que le pregunté  
al insigne señor presidente,  
¿por qué me siento solo  
habiendo tantísima gente?  
Antes yo era otro,  
era un sol en primavera,  
aunque poco importa quién era  
entre mis dudas con bochorno,  
en esta historia repelente  
pongo final al mal presente,  
pues lo llaman diversidad  
el hoy en la hora del ausente,  
quienes con miseria emocional  
la sed de mi inocente realidad,  
claro lo escucho aquí en el hogar.  
Suplico un cuerpo de metal  
si nadie se pone en mi lugar,  
con la empatía de verme correr  
entre la vertiginosa velocidad,  
a esto lo llaman maldita paz,  
tengo tanto derecho a vivir  
que al poner la vista atrás,  
yo no logro resarcir  
en la raya pintada en sal,  
entre un universo entre mil  
sí esclavo fui de precaria soledad.



## Informe de lectura

El caso es que mi escritura  
carece de interés literario.  
Me dicen que han cerrado el catálogo  
o que mi manuscrito no cumple  
con su línea editorial.  
Pero prefiero franqueza  
a qué te publiquen leyendo  
las primeras páginas de tu libro,  
sin duda pagando.  
Me cierran cien veces la puerta.  
Si me pidiesen cambiar párrafos,  
capítulos, palabras y el título  
yo sin dudarlo lo haría.  
O quizá no, ¿quién sabe?  
Pero mi/la personalidad no tiene  
la calidad necesaria,  
arrimaría mi sardina a cualquier ascua  
por entrar, ya no en el parnaso,  
en cualquier publicación,  
de veras que lo haría.  
Negativas de todas las editoriales,  
nadie publica mi/la poesía,  
tampoco la/mi narrativa.  
Nunca encontré alguien  
que me agasajara con un informe,

sí, por Dios, un informe de lectura,  
para que me digan el qué y el cómo  
encarar la/mi poesía.  
La verdad, buscar editores  
es un suplicio interminable.  
Nadie quiere riesgos.  
Cosa que entiendo.  
Pido por favor un informe,  
da igual, si es breve o extenso.  
¡Un informe de lectura!  
Que me saque la lengua  
y me diga si debo cambiar la/mi escritura.  
Pero mi/la poesía es minoría,  
una minucia, con un *check* verde  
me bastaría.  
Pero no voy a cambiar, no.  
Si tengo que pagar, seguir pagando,  
aun así, no cambiaría la/mi impronta.  
Mi sello, mi alma, mi vida.  
Si la/mi muerte no me la han de quitar  
tampoco me darán mi/la vida  
ese informe de lectura diga lo que diga.  
Prefiero ser siempre yo,  
antes que un meapilas desarmado.



## Un hombre con un nombre igual al tuyo

Tienen nombre las calles que el recuerdo transita. Nombres de sol y abril y el aroma dulzón de barro y golondrinas, nombres de carambano y nieve en los aleros, de leche en polvo y cuadernos con una escritura rubia donde dormita un mundo de grafito y de tinta, de vasares vacíos y aquel libro de poemas que ahora acaso comprendemos.

Tienen nombre las calles en la tenue penumbra de rescoldo y de gas, de brase-ro y candil entre el brillo fantasma del latón y la alpaca, de los pasos sin luna y rezos en latín.

Tienen nombre las calles, de insignes personajes, de lugares dormidos en recónditos mapas, de magnos sucedidos y cosas cotidianas, nombres que van cambiando como el agua en el río y el tiempo en el espejo.

Son nombres convocados en páginas gloriosas de enciclopedia antigua que abre la memoria con olor a tomillo y pinar encendido.

Tienen nombre las calles, los vientos y los muertos. Tienen nombre y silencio, soledad y penumbra.

Tienen nombres ocultos en la piedra del rezo y las tumbas de olvido.

Tiene nombre el recuerdo en la noche callada, en el frío de enero y el mayo enarbolado, en la lluvia que trae rumor de siempreviva —melancolía, un patio de Sevilla, Leonor, Segovia y una tumba en Colliure—.

El camaleón del viento tiene nombres, colores de espesa saliva y un látigo de arena.

De donde nace el viento nacen también los nombres y aunque la boca calle la brisa los recuerda con aliento de menta y perfume de sal.

Los nombres que decimos ya no serán los mismos cuando otros labios, otra voluntad los fije al viento de la tarde, a la eternidad efímera de una cuartilla en blanco, a la luz mortecina de una farola insomne.

Sólo hay polvo. Lo sabes. Sólo polvo y olvido. Y el río en estiaje.

Las casas arrumbadas, las calles ya sin pasos, antesala de muerte si no la muerte misma.

Recuerdas ahora acaso los libros que perdiste al mudarte de piel, al ir de un lado a otro reptando tus miserias, aquel quedarte ciego a la luz de una vela leyendo junto al fuego mientras despeja el hielo los cielos estrellados y canta entre los dientes el agua del arroyo.

Recuerdas los amigos, los miedos y los sueños, el pañuelo, la maya, otro polvo en la piel y el viento que pasaba secándote el sudor del juego y de la tarde.

Recuerdas primaveras, el campo salpicado de estrellas amarillas, blancas, rojas, azules, el aroma del verde y el rumor de los pinos. Recuerdas ahora el río crecido en el otoño, henchido como un vientre preñado de tormentas, la tierra fecundada y orujo en los lagares.

Recuerdas las canciones, los romances de ciego, el canto de los grillos, la noche boca arriba, el olor de la parva, del pan y del tomillo, la sequedad del hielo, la levedad del vuelo del vencejo en la tarde.



Foto: Fernanda Corsini



Recuerdas la campana repicando en la fiesta, doblando por los muertos, la colada en el río y escuelas separadas, los primeros trabajos, los primeros cigarros en las tardes de mus y madrugadas de alcohol y besos nunca dados.

Recuerdas porque quieres poner tu vida en limpio y buscas los diarios que nunca terminabas, las cartas que perdiste, los versos que encendieron el fuego del invierno.

Pero sólo encuentras polvo, polvo y yerba en los caminos y en la vía sin trenes.

Tienen nombres las calles que el recuerdo transita.

Deshace el sol la niebla y el viento acarrea la memoria del polvo.

Niños que no conoces superponen sus juegos a los juegos de entonces.

Hay otro pueblo ahora creciendo junto al Duero. La vida con sus muertos es vida para otros y observa desde el fondo de tus ojos tu rostro un hombre con un nombre igual al tuyo.

*Un jurado compuesto por los poetas Ángel García López, Felipe Benítez Reyes, José Jurado Morales, Jaime Siles, Pedro A. González Moreno y Juan José Vélez Otero designaron este poema como ganador del IX Certamen de Poesía Ángel García López. Rota (Cádiz), 2018*

## Poema de Teresa Andruetto

### Ha visto

Ha visto la luna temblando sobre el Po en el agua que se ondula y en la noche de allá lejos, los yuyales, las chicharras, sentaditas con su hermana en unos sillones de jardín que chirriaban. Y vio una ciudad dorada y escuchó sobre el Moldava conversaciones animosas sin entender nada. Y una escena perfecta con su padre en el patio de una casa de la que pronto se fueron y la mudanza a otra casa, ella llevando un gato y su hermanita una pelela en la mano. El gato se llamaba Geppo y dormía junto al brasero. Vio también allá en el sur una ciudad con palafitos y en el norte una sobre agua y otra toda de sal prendida a una barranca. Y una ciudad rosada como un labio y los últimos damascos del verano y una tropilla *La desamparada* corriendo sin bocado por el campo y una niña tan pequeña que cabía en la palma de una mano. Ha visto los basurales, las barracas del hambre y los puppi sicilianos, y el sol hundiéndose en los maizales, tristeza de puro rojo sobre la pampa. Animales como troncos manando hilos de sangre y un camino de penurias cuando ya ha caído el rayo. Por limitada que sea la vida de cada uno, hay un rebaño invisible que come pasto en la noche estrellada.



Foto: Pinterest

Por Juan A. Herdi

# Padrinos

Larrea debía de tener buenos padrinos. Eso o era un irresponsable. No estaban los tiempos para soltar sandeces y menos aún según qué comentarios ambiguos.

— ¡Detesto los lemas!

Lo soltó bien alto, como si tal cosa, en medio del café Gyarre, abarrotado a esas horas, cuando se iniciaba la anochecida, de fervientes partidarios de la causa nacional, y no me cupo entonces la menor duda de que lo dijo para que le oyeran todos, hasta en las mesas más alejadas. El grupo de militares de la mesa vecina, de escalafón medio y ambición desmedida, lo escuchó a la perfección y le miraron sin disimulo alguno. Lo interpretaron bien a las claras como una provocación. Incluso uno de ellos, de esa forma tan mecánica de los soldados disciplinados, colocó la mano sobre la funda de su pistola.

Alguien, justo en ese momento, abrió la puerta de entrada del café y tanto el tiempo desapacible fuera como la corriente repentina en el local enfriaron cualquier reacción que hubiera podido causar las tres palabras de Larrea. Qué frío este invierno, dijo alguien, rompiendo el silencio a la vez gélido y bronco que se había impuesto de pronto. Todos pensamos en ese momento que era el invierno más frío, aquel del treinta y ocho, tal vez por culpa de la guerra, por el ambiente furibundo que se impuso, aunque intuíamos que clima y ambiente general no tenían en el fondo ninguna relación.

Esa primera gracia de Larrea se olvidó de inmediato, como olvidada quedó la que había soltado

unos días atrás...

— El problema de las guerras es que acaban mandando los militares.

... sólo yo parecía recordarla horas después, me había quedado helado cuando la soltó y sorprendido porque nadie le chistara siquiera. A todas luces quedó el comentario olvidado, allí seguía Larrea tan feliz. Buenos padrinos o la protección de un santo, quién podría saberlo.

Que conste que a mí Larrea me caía bien. Me parecía un tipo grato, afable, culto y honesto. Con el tiempo llegaría a pensar que ojalá hubiera habido más tipos como él, sin duda todo nos hubiera resultado mucho mejor y tal vez no hubiese acabado el país como acabó, pura infamia. No tenía esas ínfulas ni aquellos aires chulescos que por desgracia acabaron siendo dominantes. Sólo que no tenía el don de la oportunidad al soltar sus gracias, la

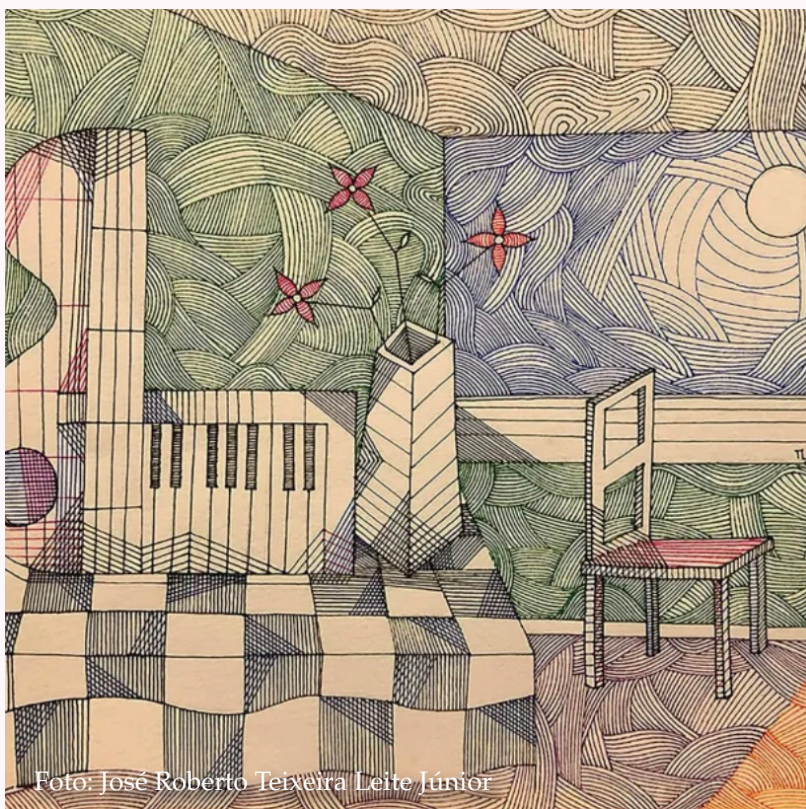


Foto: José Roberto Teixeira Leite Júnior





boca le iba a traer cualquier día un disgusto morrocotudo, estaba yo bien seguro de ello. En esa ocasión, la del comentario sobre la guerra y los militares, contó incluso con las risas del grupo de falangistas que se sentaban junto a la puerta de entrada, grupo de poetas y filósofos –siete contertulios: tres poetas, cuatro filósofos, aunque uno de estos últimos escribía también poemas que nada tenían que envidiar a los de aquellos–, y que, supe después, tenían ciertas simpatías por Manuel Hedilla, incluso cuando ya estaba caído en desgracia, para lo cual había que tener valor, visto lo visto. Les seguí la pista a todos ellos: del grupo, seis acabaron en la oposición, incluso un par de ellos derribaron mucho después en posiciones izquierdistas, mientras que el séptimo murió antes de que le diera tiempo de discrepar, de evolucionar que dirían lustros después los modernos. Pero esta es otra historia.

Volviendo a lo de los lemas, no parece que Larrea quedara contento con el olvido. O parecía empeñado en jugársela a los dados de la provocación.

— Los lemas son el colmo del lenguaje –volvió a decir al cabo de un rato.

Los militares volvieron a lanzarle rayos con la mirada y el mismo de antes volvió a colocar la mano sobre la cartuchera.

— Para ellos –aquí no especificó a quien se refería–, hombres simples que se basan en la fuerza, los lemas sin duda son la expresión máxima del idioma, en el fondo lo único que les puede aportar el intelecto. Si es que tienen intelecto.

Al café Gayarre, sito en el centro de una apacible capital provinciana donde la algarrada no llegó a ser guerra y duró apenas un par de horas, acudían un sinfín de facciones más o menos organizadas e individuos más o menos comprometidos con la causa. O por las diversas causas, habría que decir. Por los cafés de la ciudad se reunían por mesas falangistas, carlistas, militares sin adscripción clara, isabelinos, partidarios más o menos declarados de la CEDA, republicanos de derechas sin carné, incluso algunos catalanes, nacionalistas no pocos de ellos, refugiados aquí, que ante el



Foto: Pinterest

peligro revolucionario extendido por su tierra optaron por apoyar un gobierno fuerte en Madrid, lo principal eran sus dineros, ya se sabe, como bien indica el cliché, y por último había también algunos personajes de afinidades tan poco claras como sus objetivos.

Gonzalo Larrea tenía fama de ser carlista, al menos así se había definido al principio de todo, yo mismo se lo escuché cuando nos conocimos, aunque se le veía también alternar por otras mesas, es que me gusta hablar con la gente, me decía, lo más probable sin duda es que buscara temas para sus soliloquios.

— En el fondo lo que quiero ser es poeta –me confesó un día al poco de conocernos.

Pude leer algunos de sus poemas y he de reconocer que era bueno, lograba combinar a la perfección en sus sonetos esteticismo un tanto clasicista y no poca de aquella sátira de la





que hacía gala de un modo tan irresponsable, todo ello con toques modernistas y de alguna que otra vanguardia.

Los solía leer en público, sin la debida prudencia recomendable. Los blancos preferidos de sus burlas eran los militares –a los que no hacía ninguna gracia que se refiriera a los dignos mandos del ejército con *animus iocandi*- y los catalanes –sí que recuerdo en cambio a algún mando de la milicia soltar una franca carcajada cuando Larrea lanzaba una diatriba contra ellos, para disgusto de los catalanes presentes, muchos de ellos falangistas de convicción, algunos otros incómodos por sus viejas adscripciones secesionistas-, pero ese frío atardecer se estaba poniendo las botas con el tema de los lemas.

De pronto el soldado de la mesa de al lado, el de la mano en la cartuchera, se puso en pie y se dirigió a Larrea con tono violento y un tanto bravucón.

— ¡Ya está bien! No puedo admitir sus ofensas. Su mano derecha acariciaba la funda de la que sobresalía una pistola. Se hizo de nuevo un silencio, un silencio tosco que presagiaba el desastre. Al menos a mí me lo pareció: tuve para mí que en esta ocasión Larrea no iba a salir bien parado. Recordé las broncas por la unificación forzosa unos meses antes. Recordé las escabechinas sin orden ni concierto, puras revanchas por antiguos odios. Recordé la sensación que a muchos, a esas alturas, nos dominaba por ser todo aquello mera venganza.

Larrea miró al uniformado sin parecer nervioso o amenazado.

— No se lo tome usted a mal –lo dijo sin que le temblara la voz –, no es nada personal.

Al militar aquello le sonó a retintín, la guinda de aquel festín discursivo ignominioso. Se puso de todos los colores y yo ya intuía que quien iba a intervenir sin ninguno género de dudas era aquella arma del cinto.

Pero antes de que el oficial se moviera siquiera, una voz al final del café tronó en medio del silencio.

— Sargento, haga el favor de sentarse.

Provenía de un hombre, también militar, a quien nadie habíamos visto llegar unos segundos antes y que a tenor de las condecoraciones que portaba debía de ser casi un héroe de la patria.

Y el sargento miró hacia el lugar de donde procedía la voz, se quedó en silencio, pareció que fuese a replicar algo y al final, tras un titubeo, se sentó. Todos entonces dirigimos la mirada hacia el repentino interviniente. Este se mantuvo unos segundos de pie. Acababa de entrar en el café, a tiempo de contemplar la escena. Las charlas se reestablecieron como si tal cosa cuando el condecorado se dirigió sin mirar a nadie a una de las mesas, la ocupada al fondo por militares de alta graduación.

Larrea, por su parte, cambió de tema, alabó unos poemas de Ridruejo mientras yo me preguntaba quién sería ese padrino misterioso o el santo protector que le había incluido bajo su resguardo. Me lo pregunté mucho después, incluso cuando ya Larrea y yo nos habíamos perdido la pista.



Foto: Pinterest



## Poema de amor escrito en noviembre

Esta ventana está destinada a sólo yo mirarte. Cuando paseas, cuando vas con prisa, te paras con alguien un buen rato a conversar del tiempo o de la política, cómo se hace una salsa bearnesa; y te demoras, te vuelves una mujer invisible para mí, que te aguardo acodado en la ventana –ya sé que no debiera nunca llamar al teléfono, marcar tu móvil; aunque no oiga sonar el toc-toc tuyo en la escalera, se enferme, ¡con qué ansiedad!, mi corazón–. Desde ella, yo lanzo un beso fuerte que roza los árboles y te abraza sorteando coches aparcados. ¡Qué ternura, en mi silencio, si te veo! ¡Qué soledad difícil, si no te tengo muy próxima, cercana como esas nubes con figura de esquimales besando la nariz del otro! Esta ventana entreabierta me cobija igual que un muro de edredones, mantas; y yo asomo una mano del embozo, la almohada; que roza tu mejilla, y me duermo con un rizo rubio de tu pelo, que me hace en un camafeo de fetiche como ése de la abuela Iluminada que tuvo el abuelo. Esta ventana está destinada a sólo yo mirarte, ver con todo mi embeleso; vuelto un bobo de Coria –poco más o menos– si tú giras, como de milagro, la cabeza para, también, verme a mí. –Hola, ¿estás ahí? ¡Hola, hola, hello! Mira, mira...; te saludo sobre los hombros de los peatones–. Puedo adivinar, apoyado en el alféizar de esta ventana, un mar azul en el azul de tus ojos; resbalar en tu piel, ¡tan suave!, como en la arena del desierto de Nubia, en el valle del Nilo; y acariciarte en una mesa, bajo la mesa: en el café Gijón, Les Deux Magots, un rinconcito frente a la calle en el gran café Majestic de Oporto. Te visto y te desnudo, pongo un traje, otro traje; desde esta ventana a resguardo de la lluvia, del sol en los ojos; y alcanzo los gestos de tu mano, choco con tus botas katiuskas, hoy que es noviembre gris y la tristeza, un pozo hondo. Esta ventana nunca se cierra, está a salvo de las ramas de los árboles, que en días de viento golpean, ¡ton, ton!, el cristal, y del ruido, que es un oleaje que atraviesa por medio de juntas y tabiques. Yo besaría la saliva cálida de tu lengua en la boca, pintaría pelo a pelo bigotes de ratón –no, no es Mickey Mouse– sobre tu labio, pondría número una a una a tus efélides, tus pecas.

Te filmaría en vídeo casero con una cámara PoverL, grabaría tu voz con una grabadora de voz digital, y me reiría con tu risa, te haría caminar hacia atrás para que cruces el verde del semáforo, desde ella: la segunda ventana a la izquierda del cuarto piso. Esta ventana está destinada, sí, a sólo yo mirarte.

*(Como necesidad, el silencio, 2020)*



Foto: Fernanda Corsini



## Una mujer y un caballo

A Catalina

Cierto día, en un campo de allá lejos,  
una yegua se preñó, nadie sabe cómo  
y al potrillo que le vino lo llamaron Milagrillo.  
Ahora una mujer tira de esas riendas, con la pollera  
desprolija entre las patas. Sostiene, pies en tierra  
lo que está sobre el lomo y en la grupa. Primero  
ensilló el caballo, después le dio de comer,  
antes lo vio asomarse (grácil, delicado)  
entre las patas de su madre.  
En el incendio de los maizales  
y en las espigas de los tunaes  
una mujer y un caballo  
se sostienen.

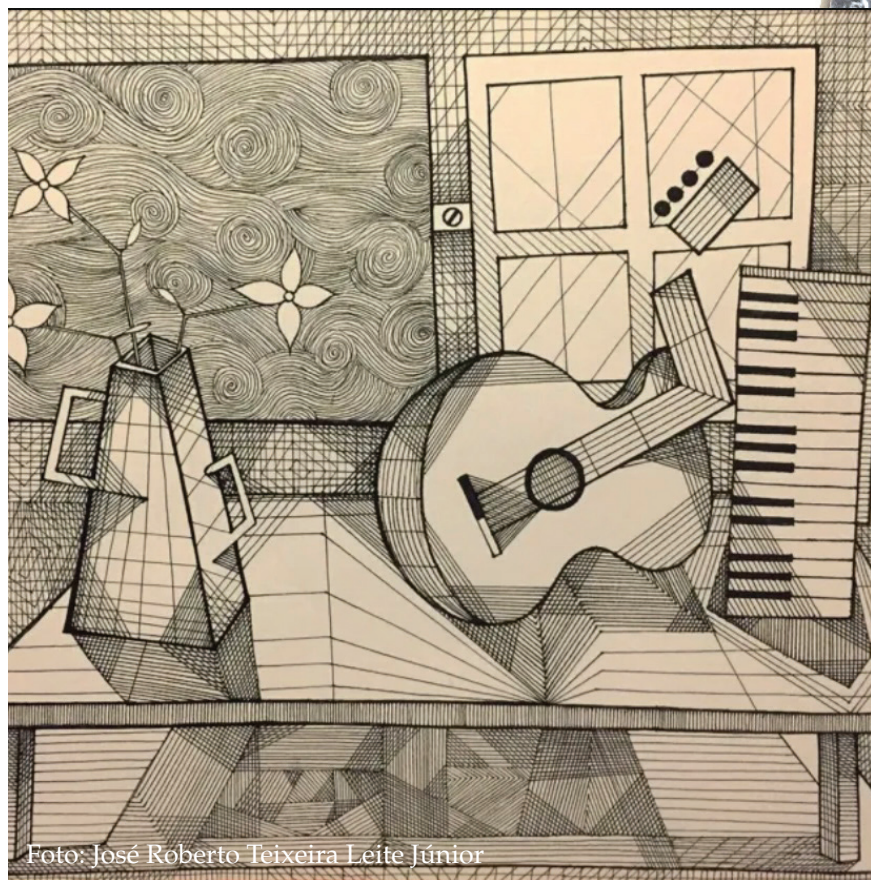


Foto: José Roberto Teixeira Leite Júnior

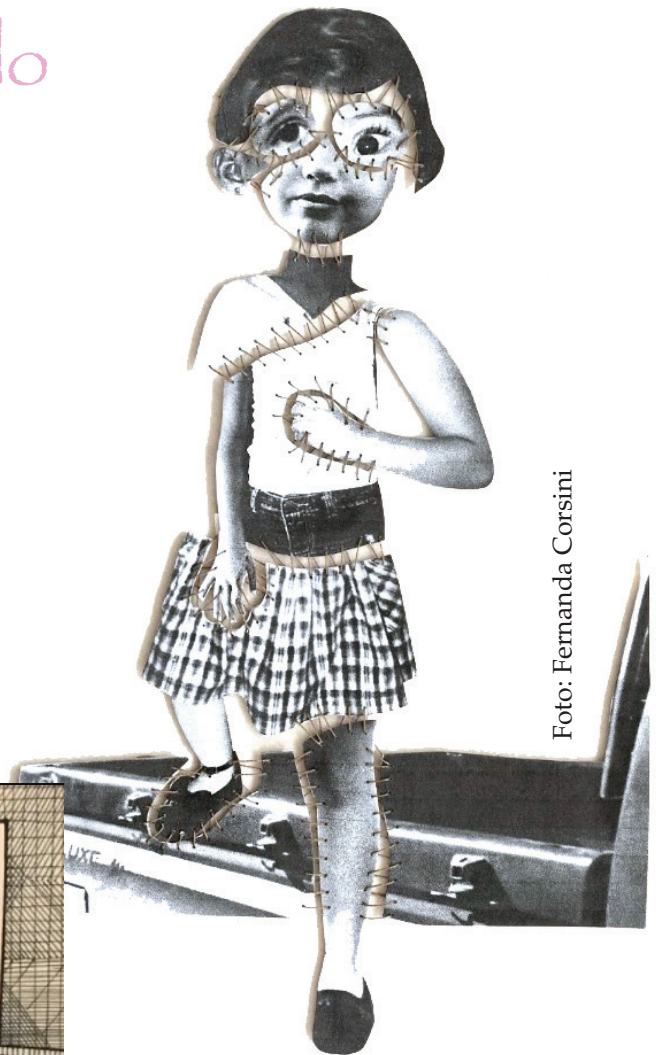


Foto: Fernanda Corsini



Foto: Pinterest

 KALEIDO

[www.kaleido.art](http://www.kaleido.art)





# ESPERA

2.1.

Esa mujer despliega los caminos y el aire que reviste las estatuas, y desmigaja páginas de libros para que lo festejen los gorriones. Esa mujer es la mujer que pienso.

Y la vida parece un buen propósito esta mañana calma de verano, cuando el sol se desborda en la mirada y el tacto del calor roza la frente, y te dices que todo esto es la vida.

Quiere el azar unirse a lo admirable: este manso clarear de la mañana y esa mujer que pienso, entreteniéndose en merodear por todos mis rincones con el amor descalzo y de puntillas.

Es tiempo de instalarse en el asombro y de subir hasta las azoteas para arrojar los dogmas y las dudas, y renacer de nuevo sin rencores, mientras la suerte quiera este portento.

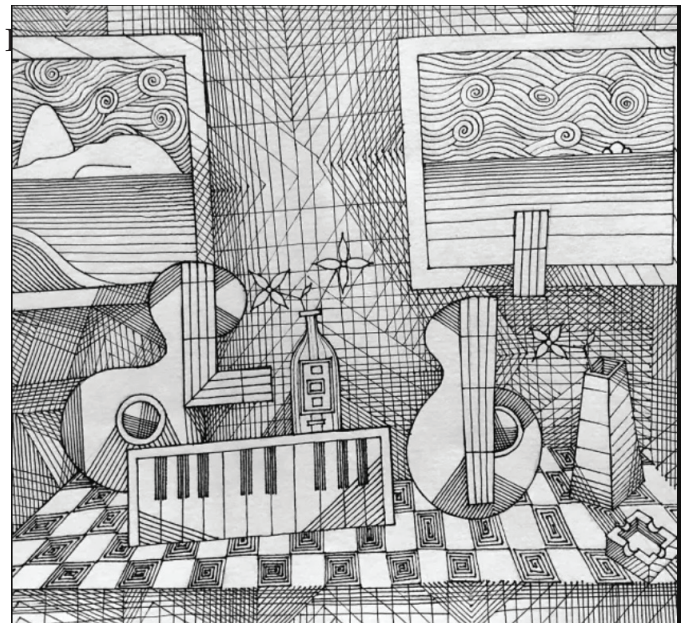
Esa mujer convoca las bondades y la mañana ensaya iridiscencias, y el júbilo concibe la utopía, pues todo es un clamor de vida amable. Días habrá que vendrán con sus mudanzas.

2.2.

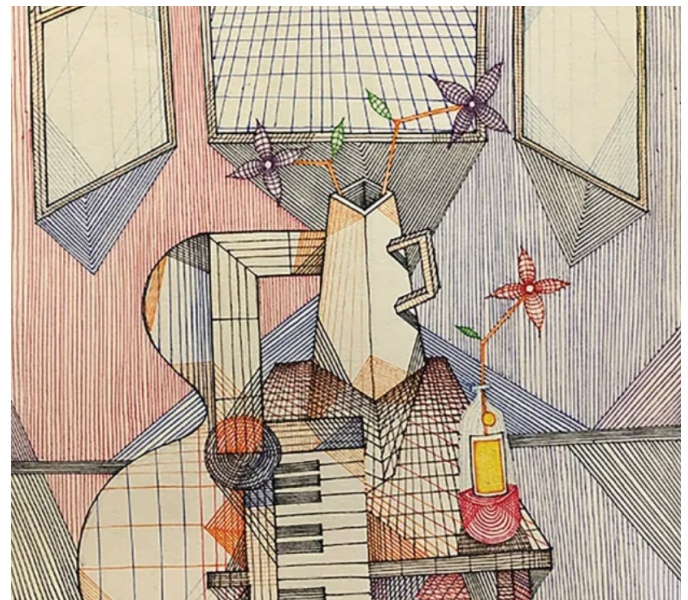
Nadie llueve tal vez pero tú llueves sobre el pulso benévolo de mis ojos parados en la escenografía de la calle empapada donde descifro el rastro que delata el asombro tenaz en el que eres la ausencia inescrutable que te acoge.

Te reconozco  
en el nublado de la calle bruñida  
y en esa tenue seducción del agua cadenciosa,  
que refresca  
la piel  
con el tacto apacible del ambiente cribado  
por el derrumbe de las gotas.

Eres, luego,  
el olor a mojado tras la lluvia.



Fotos: José Roberto Teixeira Leite Júnior



# Texto sobre minha pintura

En la carrera del carioca Teixeira Leite Junior la pintura no surgió, como en un golpe de magia, de la noche a la mañana: fue, muy al contrario, un desdoblamiento, una consecuencia natural de su formación profesional de *designer*. Pintor, pertenece a la familia de los que, atentos a la lección de Cézanne, entienden la pintura como construcción, como un compromiso formal entre espacios positivos y negativos que dialogan, se complementan y se integran para generar, en la bidimensionalidad del cuadro, una estructura en la que nada se deja a la improvisación – para asumir la apariencia de una forma orgánica, de un objeto o de lo que sea. Para contrarrestar ese rigor constructivo, que podría llevarse al extremo, redundar en una pintura demasiado cerebral, utiliza una paleta multicolor y tonalidades vivísimas, gracias a lo cual consigue realizar aquí un trecho de paisaje, allí una botella, acullá un instrumento musical. Pero no se engañen: los temas, para Teixeira Leite Junior, sólo sirven para disimular un caprichoso trabajo, responsable debido a la creación de *puzzles* visuales capaces de seducir o fascinar al espectador más exigente, invitándolo a rehacer con los ojos labirintos de líneas que no obedecen a una única perspectiva, pero que, muy al contrario, parten en todas las direcciones para generar espacios ambiguos en los que funden y se confunden los planos, eso porque Teixeira Leite Júnior sabe, con Maurice Denis, que un cuadro, antes de ser un caballo de batalla, una mujer desnuda o cualquier anécdota, es esencialmente una superficie plana recubierta de colores dispuestos en un cierto orden. Incluso así se puede detectar en el repertorio formal de Teixeira Leite Junior la permanencia, en sus mesas de músico, en las figuras fijadas al aire libre o en interiores, así como en cualquier otra de sus composiciones, ciertas constantes que prácticamente equivalen a una firma. Se citan, entre esas constantes que casi asumen la condición de símbolos, el vaso de flores, los pisos en ajedrez, capaces de crear

en el espacio pictórico alternancias de fuerte impacto visual, y el perfil, en los últimos planos, de Pão de Açúcar, cuya forma, por evocar un seno de mujer, llevó al pintor y teórico francés Amedée Ozenfant a declarar que Rio de Janeiro es una de las ciudades más femeninas del mundo.

Analicemos sin embargo de más cerca tres pinturas de Teixeira Leite Júnior. En la primera, una mesa de músico (además uno de sus temas favoritos), se puede detectar muy nítidas algunas de las principales cualidades de su hacer artístico. Se trata de una composición en que los diferentes planos, resueltos en áreas de color delimitados por líneas rectas, forman un suelo parcialmente recubierto por una alfombra de la que se eleva una mesa, viéndose sobre la misma una botella, algunos sobres y otros objetos; hacia la izquierda, el espacio pictórico es súbitamente interrumpido por una franja en ajedrez, de la que emerge un jarrón con cinco o seis escuálidas flores. Más al fondo -estilizados, descompuestos, casi hasta la abstracción- se encuentran un violón y un teclado de sintetizador, y en último plano, como que coronase toda la escena, el perfil inconfundible del Pão de Açúcar. Es la obra que en su compleja estructuración revela hasta que punto Teixeira Leite Junior privilegia los esquemas formales derivados del Cubismo y, por último, del arriba citado Paul Cézanne.

En la segunda pintura el personaje es una mujer que, en medio de una miríada de colores y de formas, a las que siquiera falta al fondo, poco perceptible, el dorso del Pão de Açúcar, está sentada a la mesa y busca, con semblante melancólico o aburrido, equilibrar las cinco o seis pequeñas esferas que van lanzando alternadamente al aire, observada a lo lejos por lo que puede ser un sol. En cuanto a la tercera pintura, nos muestra igualmente un personaje femenino que contra un fondo geométrico formado por rombos, y teniendo a su lado el indefectible vaso de flores y delante de sí una botella, toca concentrada un violón.



## “ Por favor, no molestar”

No cerramos los festivos  
ni en horario de almorzar;  
de las fiestas de guardar  
no queremos ser los chivos,  
no seguimos muertos vivos  
ni ayunos de Ramadán,  
estamos donde no están  
y si en contra sopla el viento  
libre será el pensamiento  
donde nos encontrarán.

----

No expiamos ningún pecado,  
no pactamos hipotecas,  
gritando en las bibliotecas  
el verbo en el predicado  
dándole rienda al estado  
de nuestra feliz historia...,  
no somos gente muy seria  
ni decimos por decir,  
no nos gusta bendecir  
ni somos monos de feria.

-----

Somos de la ilustre rama  
de los más vagos poetas,  
no atendemos a profetas  
ni nos vendemos por fama,  
nos vamos tarde a la cama  
y nos levantamos tarde,  
no somos del “Dios lo guarde  
ni del vuelva usted mañana”,  
cerrándole la ventana  
al silencio más cobarde.

----

Abrimos por vacaciones,  
descreemos de los credos,  
no repetimos los miedos  
de las viejas religiones,  
nos hacemos remolones  
a toda monotonía.  
Esta es nuestra rebeldía  
sin horarios de oficina,  
holgamos por medicina  
con el sol del mediodía.

En nuestra casa ponemos  
un cartel que claro diga  
“si no le interesa siga,  
por favor, no molestemos.”  
Siempre fuimos y seremos  
la voz que sin cortapisas  
traiga con calma y sin prisas  
el verso que tierno brota  
para dar siempre la nota  
provocando unas sonrisas.

----

Aquí, traemos la duda  
renunciando a la victoria,  
detrás vendrá la memoria  
con la razón que sacuda  
sin esperar más ayuda  
ni propósito de vida  
que la suerte incomprensida  
por el hado que de lado  
será del tiempo dictado  
y de la espera guarida.

----

No buscamos que le guste  
al público nuestros gestos,  
podemos ser poco honestos  
para que el otro se asuste.  
Toda vida es un embuste  
si la miras con rigor,  
lo que pareciera amor  
a veces es que delira  
el corazón que suspira  
porque le falta valor.



Foto: Fernanda Corsini



[www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)

